

GALAOR, Isabel; Daniela GLONER; Bernd HAUSBERGER; Michael HÖFLEIN; Gerlinde PROBST; Rita SCHEFFEL; Susanne THAMM; Ngozi Violeta VOEL (eds.). *Las minas hispanoamericanas a mediados del siglo XVIII. Informes enviados al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid*. Frankfurt am Main: Vervuert; Madrid: Iberoamericana, 1998, 244 pp. (Berliner Lateinamerika-Forschungen; Bd. 10) (Veröffentlichungen aus dem Deutschen Bergbau-Museum Bochum; Nr. 65).

Por tercera vez en los últimos tres años, al amplio catálogo de la editorial Vervuert/Iberoamericana se agrega un texto relacionado con la minería colonial del siglo XVIII. Se afianza así su contribución al lento resurgir de una historiografía algo decaída y agotada tras la renovación que, tanto en monografías como en la formulación de modelos interpretativos, representaron los años setenta y ochenta. Contribución, además, cuidadosamente calculada en la cobertura geográfica de los textos: si los anteriores remitían a los ámbitos novohispano (*La Nueva España y sus metales preciosos* (1997) de Bernd Hausberger, uno de los editores del libro que nos ocupa y punta de lanza del nuevo americanismo en Centroeuropa) y rioplatense (*El perito incógnito y el Curioso aprovechado*, un peculiar tratado escrito a fines del XVIII por Francisco de Serra Canals), con la edición de estos *Informes*, centrados en las minas andinas, se completa una panorámica sobre diferentes cuestiones mineras en las regiones centrales de la América del XVIII, panorama que —es de esperar— se continúe con nuevas contribuciones sobre estos u otros espacios de la minería colonial.

Los textos recogidos en *Las minas hispanoamericanas...* resultan interesantes desde su origen: el proyecto de creación de un Real Gabinete de Historia Natural (pasado el tiempo, Museo de Historia Natural), impulsado, con el apoyo político del Marqués de la Ensenada, por Antonio de Ulloa en 1752. Como otras iniciativas de esta temprana institucionalización de la ciencia ilustrada peninsular, la del Gabinete no prosperaría

hasta años más tarde, y no será hasta 1776 cuando se produzca su fundación de hecho.

Al margen de su significado en la historia de la ciencia española del momento (muy bien sintetizado en la Introducción que firma B. Hausberger), de aquella iniciativa ha quedado un verdadero regalo para los historiadores de la minería americana: las respuestas al cuestionario que entonces (1752) se remitió a los territorios americanos para recabar información y materiales (muestras mineralógicas) para el futuro Gabinete. En consonancia con el papel utilitarista de la ciencia, la encuesta perseguía una verdadera «sistematización de los conocimientos de los recursos mineros», demandando —junto a los trozos de minerales que habrían de enriquecer el Gabinete— información sobre la historia de los yacimientos, su situación actual y, en particular, todo lo relacionado con el rendimiento de las explotaciones y su desarrollo tecnológico.

Parte de estos informes ya habían sido objeto de una iniciativa editorial: la de Álvaro López Miramontes, quien en 1975 publicó tanto el cuestionario general como las siete respuestas que para el territorio novohispano localizó en el Archivo General de la Nación de México (*Las minas de Nueva España en 1753*. México: INAH, 1975).

La pregunta que entonces se formulaba Miramontes (qué había sido de los informes de otros distritos mineros) se resolvería en parte más de veinte años después —el mismo tiempo que medió entre el proyecto de Ensenada y la definitiva puesta en marcha del Gabinete—, cuando Hausberger halló los cuestionarios que ahora se editan en el Archivo General de Indias (Indiferente General, 1549).

Trece informes componen este nuevo conjunto documental. Casi en su totalidad, los textos proceden del archipiélago minero de los Andes peruanos y bolivianos, con la excepción de una respuesta correspondiente a Bolaños (incluida ahora aunque ya fue editada por Miramontes) y otra de Atacama. De los demás informes, cinco corresponden a yacimientos emplazados en territorio boliviano: Porco, Potosí (con un total de diez respuestas sobre otras tantas minas del Cerro), Oruro, Omasuyos

y Larecaja; y los seis restantes a minas peruanas: Carabaya, Azángaro, Paucarcolla, Chucuito, Colesuyos y Cotabambas.

Precedidos de un "Esbozo histórico" de la actividad minera en el yacimiento o región correspondiente (meritorio esfuerzo, por tratarse en muchos casos de lugares completamente ausentes de la historiografía minera, aunque a veces se reproduzcan con ingenuidad las noticias y exageraciones de cronistas y viajeros), el conjunto de los informes nos emplaza ante una interesante y detallada panorámica de la minería andina a mediados del XVIII.

En los casos de los centros mineros de trayectoria más conocida, como Potosí, los textos reflejan con precisión cuestiones como los problemas de rentabilidad de las explotaciones, con detalladas noticias de costes que ayudarán a paliar, en parte, la ausencia de fuentes sobre la economía interna de las empresas mineras; las carencias técnicas en la fase de la explotación (rudimentaria aplicación de la geometría subterránea, anegamientos) o las complejas operaciones de la amalgama, descritas por lo general con una precisión (cantidades, proporciones, consumos, costes) que ilustra la excelencia del conocimiento empírico acrisolado por la cultura minera de la serranía andina.

Más relevante aun nos parece la luz que se arroja sobre uno de los aspectos todavía más desconocidos de la historia minera de los Andes: los *otros* yacimientos, las pequeñas o medianas explotaciones olvidadas por una historiografía demasiado tiempo ceñida a Potosí, Huancavelica, Hualgayoc, Oruro o Pasco. Este es, sin duda, uno de los caminos que a corto plazo debe recorrer la investigación de la minería andina. Un trayecto penoso, entre otras cosas, por la escasez de fuentes documentales, razón por la que el libro resulta especialmente gratificante en este sentido: muchos de los mencionados "esbozos históricos" que anteceden a los informes constituyen ya, como los dedicados a la zona aurífera de Carabaya y Larecaja, novedosas síntesis de la historia minera de esas regiones. Sumado a las noticias que los textos aportan sobre la organización de las explotaciones, técnicas metalúrgicas, volumen y características de la mano de obra, etc., resulta un con-

junto prometedor para avanzar en el conocimiento y valoración del papel que en el entramado andino jugó esa "otra minería".

Como elementos auxiliares, el libro se completa con un glosario, indispensable para los lectores no familiarizados con los términos mineros de la época (tipos de minerales, operaciones de la amalgama, etc.) y una amplia bibliografía, que revela el esfuerzo de contextualización aplicado en la edición de los textos.

En definitiva, *Las minas hispanoamericanas...* (que acaso más apropiadamente podría haberse titulado *Las minas andinas...*), al mismo que tiempo que muestra la utilidad de volver de vez en cuando a un género historiográfico cada vez menos frecuentado —como la edición documental— se presenta como una obra de incuestionable valía, tanto por sus contribuciones concretas a problemas y lugares ya familiares en la historia minera de los Andes como, sobre todo, por el empuje que supone para adentrarnos en aspectos muchos menos conocidos. Solo queda, para redondear, que alguien se anime a aceptar la invitación de los editores: rastrear el paradero de otros informes que, dentro de la misma iniciativa, sin duda se escribieron y remitieron entonces a la Península.

Ignacio González Casasnovas
Fundación Histórica Tavera